

luca el pensar que ese ángel puede sentarse en un banco de esos?... Ella se deshace en lágrimas; habla de arrojarse al río... ¡Oh! ¡lo hará!

—Si voy á *vegos* ¡adiós la Bolsa!—exclamó Nucingen.—Y es imposible que deje de *ig pogque ganagé* algo *paga* ella... Vete á *calmagla*: *pagagé* sus deudas; *igé á vegla* á las cuatro. Pego, Eugenia, dile que me ame un poco...

—¿Cómo un poco? ¡mucho!... Mire, señor, no hay nada como la generosidad para conquistar el corazón de las mujeres. Ciertamente que hubiese usted economizado un centenar de miles de francos dejándola ir á la cárcel; pero, nunca hubiese sido usted dueño de su corazón... Ella me lo decía: «Eugenia, ha estado muy grande, muy generoso... Es un alma hermosa».

—¿Ella ha dicho eso, Eugenia?—exclamó el barón.

—Si señor, á mí misma.

—Toma, aquí tienes diez luises.

—Gracias, señor... Pero llora en este momento, llora desde ayer tanto como ha llorado santa Magdalena durante un mes... Aquella que usted ama está desesperada, y por deudas que no son tuyas. ¡Oh! ¡los hombres! explotan á las mujeres tanto como las mujeres explotan á los viejos...

—Todas son iguales... ¡*Empeñagse!*... ¡Eh! uno no debe *empeñagse* nunca... Que no *figme* nada más... *Pagagé*; *pego* si ella *figma* alguna otra cosa... yo...

—¿Qué haría usted?—dijo Europa encarándosele.

—¡Dios mío! no tengo ningún *podeg* sobre ella... Voy á *ponegme* á la cabeza de sus negocios... Vete, vete á *consolagla* y á *decigle* que dentro de un mes *habitagá* un palacito.

—Ha hecho usted préstamos con gran interés sobre el corazón de una mujer, señor barón. Mire, le encuentro rejuvenecido, yo que no soy más que la camarera, y he visto con frecuencia ese fenómeno... es la felicidad... La felicidad tiene cierto reflejo... Si ha hecho usted algunos desembolsos, no los sienta... ya verá que eso produce... Primero, le he dicho á la señora que sería la última de las últimas, una *arrastrada*, si no le amase á usted, pues usted la sacó de un infierno... Una vez no tenga ya preocupaciones, la convencerá usted. Entre nosotros, puedo confesárselo, la noche que lloraba tanto... ¿qué quiere usted? una se interesa por la estimación de un hombre que va á mantenerla... ella no se atrevía á decirle todo esto... quería escaparse...

—¡*Escapagse!*—exclamó el barón asustado ante aquella idea.—¡*Pego* la Bolsa! ¡la Bolsa! Anda, vete, yo no entro. *Pego* que la vea á la ventana... su vista me *animagá*...

Ester sonrió al señor de Nucingen cuando éste pasó por delante de su casa. El banquero se fué pausadamente diciéndose:

—Es un angelito.

He aquí cómo se las había arreglado Europa para obtener aquel resultado imposible. A eso de las dos y media, Ester había acabado de vestirse como cuando esperaba á Luciano, y estaba deliciosa; al verla de aquel modo, Prudencia le dijo mirando por la ventana:

—¡Ya está aquí el señor!

La pobre joven se precipitó creyendo ver á Luciano, y vió á Nucingen.

—¡Oh! ¡qué daño me haces!—le dijo.

—No había más medio que ese para hacerle fingir que presta atención á un pobre anciano que va á pagar sus deudas—respondió Europa,—porque al fin van á ser pagadas todas.

—¿Qué deudas?—exclamó aquella criatura que no pensaba más que en retener su amor al que unas manos horribles querían dar alas.

—Las que el señor Carlos ha hecho contraer á la señora.

—¡Cómo! ¡ya van cerca de cuatrocientos cincuenta mil francos!... exclamó Ester.

—Aun debe usted ciento cincuenta mil; pero el barón ya se ha hecho cargo de ello. Va á sacarla de aquí para ponerla en un *palacito*... ¡A fe! ¡no es usted desgraciada! En su lugar, toda vez que tiene cogido á ese hombre, una vez que esté ya pagado Carlos, haría que me diese una casa y rentas. La señora es seguramente la mujer más hermosa y atractiva que he visto, ¡pero la fealdad viene tan pronto! yo he sido fresca y hermosa, y mire cómo estoy. Tengo veintitrés años, casi la edad de la señora, y pareczo diez años más vieja. Una enfermedad basta... Pues bien, cuando se tiene una casa en París y rentas, una no teme morir en la calle.

Ester no escuchaba ya á Europa-Eugenia-Prudencia Servien. La voluntad de un hombre dotado del genio de la corrupción había sumido en el lodo á Ester con la misma fuerza que había empleado para sacarla de él. Los que co-

nocen lo infinito del amor, saben que no se saborean sus placeres sin aceptar sus virtudes. Desde la escena en su tugurio de la calle de la Anglade, Ester había olvidado completamente su vida antigua; había vivido siempre muy virtuosamente, parapetada en su pasión. Así pues, para no encontrar obstáculos, el sabio corruptor tenía el talento de prepararlo todo de manera que la pobre joven, llevada de su abnegación, no tuviese más que dar su consentimiento á bribonadas consumadas ó á punto de consumarse. Revelando la superioridad de aquel corruptor, esta astucia explica el procedimiento por el cual había sometido á Luciano. Crear necesidades terribles, abrir la mina, llenarla de pólvora, y en el momento crítico, decir al cómplice: «Haz una señal con la cabeza, y todo salta». Antaño, Ester, imbuída por la moral particular de las cortesanas, encontraba todas aquellas gentilezas tan naturales, que no estimaba á sus rivales más que por lo que hacían gastar á un hombre. Las fortunas destruidas son los galones de esas criaturas. Carlos, contando con los recuerdos de Ester, no se había engañado. Estas astucias de guerra, esas estratagemas mil veces empleadas, no sólo por esas mujeres, sino hasta por los disipadores, no turbaban la imaginación de Ester. La pobre joven sólo sentía su degradación. Amaba á Luciano y se convertía en la querida oficial del barón de Nucingen: todo estaba en esto para ella. Que el falso español tomase el dinero de las arras; que Luciano elevase el edificio de su fortuna con las piedras de la tumba de Ester; que una sola noche de placer costase más ó menos billetes de mil francos al viejo banquero; que Europa sustrajese algunos centenares de miles de francos por medios más ó menos ingeniosos, nada de todo eso ocupaba á aquella joven enamorada. Pero he aquí el cáncer que roía su corazón: se había visto durante cinco años blanca como un ángel; amaba, era feliz y no había cometido la menor infidelidad. Aquel amor puro iba á ser manchado. Su imaginación no oponía el contraste de su hermosa vida desconocida á su inmunda vida futura. Esto no era en ella ni cálculo ni poesía; experimentaba un sentimiento indefinible de un poder infinito: de blanca se tornaba negra; de pura, impura; de noble, innoble. Armiño por su propia voluntad, la mancha moral no le parecía soportable. Por eso, cuando el barón la amenazó con su amor, la idea de arrojarle por la ventana acudió á su mente.

Finalmente, Luciano era amado absolutamente, como es extremadamente raro que las mujeres amen á un hombre. Las mujeres que dicen que aman, que con frecuencia creen ser las que aman más, bailan y coquetean con otros hombres, se adornan para el mundo y van á buscar á él su cosecha de miradas codiciosas; pero Ester había cumplido, sin que hubiese en ello sacrificio, los milagros del verdadero amor. Había amado á Luciano durante seis años como aman las actrices ó las cortesanas que, sumidas en el fango y en las impurezas, tienen sed de noblezas, de las abnegaciones del verdadero amor, y que practican entonces la *exclusividad* (¿no es preciso crear una palabra para emitir una idea tan poco puesta en práctica?). Las naciones desaparecidas, Grecia, Roma y el Oriente, han secuestrado siempre á la mujer; la mujer que ama debería secuestrarse ella misma. Se concibe, pues, que al salir del palacio fantástico donde aquella fiesta, aquel poema se había cumplido, para entrar en el *palacito* de un frío anciano, Ester fuese atacada de una especie de enfermedad moral. Empujada por una mano de hierro, se vió cubierta de infamia hasta la mitad del cuerpo antes de que pudiera reflexionar; pero hacía ya dos días que reflexionaba y sentía un peso mortal en el corazón.

Al oír aquellas palabras: «morir en la calle», se levantó bruscamente y dijo:

—¿Morir en la calle? no, antes morir en el Sena.

—¿En el Sena? ¿Y el señor Luciano?...—dijo Europa.

Aquella sola palabra hizo que Ester se sentase en el sillón, donde permaneció con los ojos fijos en una rosa de la alfombra y con la fragua del cráneo absorbiendo los lloros. A las cuatro, Nucingen encontró á su ángel sumido en aquel océano de reflexiones y de resoluciones en el cual flotan las imaginaciones femeninas y del que salen con palabras incomprensibles para los que no se han visto en situación análoga.

—Desague su frente... *hegmosa* mía—le dijo el barón sentándose á su lado.—Ya no tendrá usted deudas... yo me *entendegué* con Eugenia, y dentro de un mes *dejadé* esta habitación *paga entrag* en un palacito... ¡Oh! ¡qué mano tan bonita! Deme que la bese. (Ester dejó que le cogiese la mano como el perro que da la pata). ¡Ah! da usted la mano, pego no el *cogazón*... y es el *cogazón* lo que yo *quiego*.

Esto fué dicho con un acento tan sincero, que la pobre Ester fijó la vista en aquel anciano con una expresión de piedad tal, que lo volvió casi loco. Los enamorados, lo mismo que los mártires, se sienten hermanos en el suplicio. Nada en el mundo se comprende mejor que dos dolores semejantes.

—¡Pobre hombre!—dijo ella—¡me ama!

Al oír aquella frase cuyo sentido le engañó, el barón palideció, la sangre hirvió en sus venas, respiraba el aire del cielo. A su edad, los millonarios pagan una sensación semejante con tanto oro como la mujer le pide.

—La amo á usted como á mi hija—le dijo,—y siento aquí—añadió poniéndose una mano en el corazón—que no la *quiego veg* de otra *manega* más que feliz.

—Si usted quisiese no ser más que mi padre, le amaría mucho, no le abandonaría nunca, y se daría cuenta de que no soy una mujer mala, ni servil, ni interesada, como parezco en este momento.

—Ha hecho usted algunas *locugas*—repuso el barón,—como todas las *mujegues* bonitas, y nada más. No hablemos más de ello. Nuestro oficio es *ganag dinero paga* ustedes... Sea feliz: *quiego seg* su padre *dugante* algunos días, pues comprendo que es *necesaguio* que se acostumbre á mi pobre *cogazón*.

—¿De veras?—exclamó levantándose, saltando á las rodillas de Nucingen, pasándole los brazos alrededor del cuello y abrazándose á él.

—De *vegas*—respondió, tratando de hacer sonreír á su rostro.

Ester le besó en la frente al creer en una transacción imposible: permanecer pura y ver á Luciano... Acarició tan bien al banquero, que la Torpedo reapareció. Hechizó al anciano, el cual prometió permanecer padre durante cuarenta días. Estos cuarenta días eran necesarios para la adquisición y arreglo de la casa de la calle Saint-Georges. Una vez en la calle, y al volver á su casa, el anciano se decía:

—¡Soy un zamacuco!

En efecto, si se tornaba niño en presencia de Ester, lejos de ella recobraba su piel de cancerbero, absolutamente lo mismo que el jugador se enamora de Angélica cuando ya no tiene un céntimo.

—Medio millón, y no *sabeg* aun cómo tiene la *piegna*, es *seg* algo bestia; *pego* felizmente nadie sabrá nada—decía veinte días después.

Y tomaba hermosas resoluciones, para terminar con una mujer que le había costado tan cara; después, cuando se encontraba en presencia de Ester, se pasaba en reparar la brutalidad de su llegada todo el tiempo que ella le concedía.

—No puedo—le decía al cabo de un mes,—no puedo *seg* el padre *etegno*.

Hacia últimos del mes de diciembre de 1829, la víspera de instalar á Ester en el palacito de la calle Saint-Georges, el barón rogó á Tillet que condujese allí á Florina á fin de ver si todo estaba en armonía con la fortuna de Nucingen, si aquellas palabras *un palacito* habían sido realizadas por los artistas encargados de hacer aquella jaula digna del pájaro. Todas las invenciones halladas por el lujo antes de la revolución de 1830 hacían de aquella casa el tipo del buen gusto. El arquitecto Grindot había visto en ella la obra maestra de su talento de decorador. La escalera rehecha de mármol, los estucados, las telas, los dorados sobriamente aplicados, lo mismo los pequeños detalles que los grandes sobrepujaban á todo lo que el siglo de Luis XV ha dejado en aquel género en París.

—He aquí un sueño: jeso y la virtud!—dijo Florina sonriendo.—¿Y por quién hace usted todos esos gastos?—le preguntó á Nucingen.—¿Es alguna virgen que se ha dejado caer del cielo?

—Es una *mujeg* que le lleva á uno á él—respondió el barón.

—Es una manera de colocarte á lo Júpiter—replicó la actriz.—¿Y cuándo la veremos?

—¡Oh! ¡el día que estrenen la casa!—exclamó Tillet.

—Hasta entonces—dijo el barón.

—Será preciso cepillarse, arreglarse y adamascarse mucho—repuso Florina.—¡Oh! esa noche las mujeres darán muchos quebraderos de cabeza á sus modistos y á sus peluqueros. Y ¿cuándo?

—No soy el dueño.

—¡Eso es una mujer!...—exclamó Florina.—¡Oh! ¡qué ganas tengo de verla!...

—Yo también—repuso cándidamente el barón.

—¡Cómo! ¡la casa, la mujer, los muebles, todo será nuevo?

—Hasta el banquero—dijo Tillet,—pues mi amigo me parece muy joven.

—Pero necesitará recobrar sus veinte años, al menos por un instante—dijo Florina.

En los primeros días de 1830, todo el mundo hablaba en París de la pasión del barón de Nucingen y del lujo desenfrenado de su casa. El pobre barón, puesto en evidencia y burlado, llevado de una rabia fácil de comprender, concibió un querer de financiero de acuerdo con la furiosa pasión que sentía en el corazón. Deseaba, al mismo tiempo que estrenaba el palacio, colgar también el vestido de padre noble y cobrar el precio de tantos sacrificios. Derrotado siempre por la Torpedo, se resolvió á tratar el asunto de su matrimonio por correspondencia, á fin de obtener de Ester un compromiso quirografario. Los banqueros sólo creen en las letras de cambio. Así pues, el cancerbero se levantó muy temprano uno de los primeros días de aquel año, se encerró en su despacho y se puso á componer la carta siguiente, escrita en buen francés: pues, si lo pronunciaba mal, lo ortografiaba muy bien.

«Querida Ester, flor de mis pensamientos y única felicidad de mi vida: Cuando le dije que la amaba como amo á mi hija, la engañaba y me engañaba yo mismo. Únicamente quería explicarle así la santidad de mis sentimientos, que no se parecen á ninguno de los que los hombres han experimentado, primero porque soy un anciano, y después porque no había amado nunca. La amo á usted tanto, que si me costase mi fortuna, no por eso la amaría menos. Sea usted justa: la mayor parte de los hombres no habrían visto, como yo, un ángel en usted: nunca he dirigido la vista á su pasado. La amo á la vez como amo á mi hija Augusta, que es mi única hija, y como amaría á mi mujer si mi mujer hubiese podido amarme. Si la felicidad es la única obsolución de un anciano enamorado, pregunte usted si no represento un papel ridículo. He hecho de usted el consuelo, la alegría de mi vejez. Ya sabe usted que hasta mi muerte será tan feliz como una mujer pueda serlo, y ya sabe usted también que después de mi muerte será tan rica, que su suerte causará envidia á muchas mujeres. En

» todos los negocios que hago desde que tuve la dicha de hablarle, su parte se separa, y tiene usted una cuenta en » la casa Nucingen. Dentro de algunos días, entrará usted » en un palacio que, tarde ó temprano, será suyo, si le gusta. » Vamos, ¿recibirá usted aun á su padre al recibirme, ó seré » al fin dichoso?...

» Dispéñeme que le escriba tan crudamente; pero cuando » estoy á su lado, no tengo valor, y comprendo demasiado » que es usted mi dueña. No tengo intención de ofenderla, » quiero únicamente decirle lo que sufro y lo cruel que » es á mi edad esperar, cuando cada día me quita espe- » ranzas y placeres. La delicadeza de mi conducta es, por » otra parte, una garantía de la sinceridad de mis intencio- » nes. ¿He obrado nunca como un acreedor? Es usted como » una ciudadela, y yo no soy ningún joven. Responde usted » á mis quejas que se trata de su vida, y me lo hace usted » creer cuando la escucho; pero aquí caigo en negras penas, » en dudas que nos deshonran á uno y á otro. Me ha pare- » cido usted tan buena como cándida y hermosa; pero se » entretiene usted en destruir mis convicciones. Juzgue » usted: me dice que tiene usted una pasión en el corazón, » una pasión despiadada, y se niega á confiarme el nombre » de ese á quien ama... ¿Es esto natural? Ha hecho usted de » un hombre bastante fuerte un hombre de una debilidad » inaudita... ¿Ve usted adónde he llegado? me veo obligado » á preguntarle qué porvenir reserva á mi pasión después » de cinco meses. Aun debo saber qué papel representaré en » la inauguración de su palacio. El dinero no es nada para » mí cuando se trata de usted, y no cometeré la estupidez » de hacer pasar á sus ojos por un mérito esta prefe- » rencia natural; pero si mi amor no tiene límites, mi for- » tuna es limitada, y no le tengo apego más que por usted. » Pues bien, si dándole todo lo que poseo pudiese obtener » su afecto, preferiría ser pobre y amado por usted, que rico » y desdeñado. Me ha cambiado usted tanto, mi querida » Ester, que nadie me conoce ya: he pagado diez mil francos » por un cuadro de José Brideau, porque usted me ha dicho » que era un hombre de talento y desconocido. En fin, doy » á todos los pobres que encuentro cinco francos en su nom- » bre. Y después de esto, ¿qué pide el pobre anciano que se » considera su deudor cuando le hace usted el honor de » aceptar cualquier cosa?... sólo pide una esperanza, ¡y qué

»esperanza, gran Dios! ¿No obedecerá el crecimiento de mi pasión á la certeza de no poseerla nunca? Pero el fuego de mi pasión secundará sus crueles engaños. Me ve usted dispuesto á aceptar todas las condiciones que ponga á mi dicha, á mis raros placeres; pero, al menos, dígame que el día en que tomará usted posesión de su casa, aceptará el corazón y la servidumbre del que se dice, por el resto de su días,

»Su esclavo,

»FEDERICO DE NUCINGEN.»

—¡Ya me está fastidiando ese puchero de millones!— exclamó Ester tornándose libertina.

Y cogiendo un pliego de papel, escribió en gruesos caracteres la celebrada frase, convertida en proverbio para gloria de Scribe: *Tome usted mi oso*. Un cuarto de hora después, arrepentida, Ester escribió la siguiente carta:

«No dé usted importancia á la carta que ha recibido de mí. En aquel momento sentí renacer la locura de mi juventud; perdónele, pues, señor, á una pobre joven que debe ser una esclava. Nunca he sentido tanto la bajeza de mi condición como el día que fui entregada á usted. Ha pagado usted, y me debo. No hay nada más sagrado que las deudas de deshonor. No tengo derecho á liquidar arrojándome al Sena. Se puede pagar siempre una deuda en esa horrible moneda, que no tiene más que un lado bueno: me encontrará usted, pues, á sus órdenes. Quiero pagar en una noche todas las sumas que tienen hipotecado ese fatal momento, y tengo la certeza que una hora mía vale millones, con tanto mayor motivo cuanto que será la única, la última. Después, estaré en paz, y podré salir de la vida. Una mujer honrada tiene probabilidades de levantarse de una caída; pero nosotras caemos demasiado bajo. Así pues, mi resolución es tan firme, que le ruego guarde esta carta como testimonio de la causa de la muerte de la que se dice por un día,

»Su servidora,

»ESTER.»

Una vez enviada esta carta, Ester tuvo un pesar. Diez minutos después, escribió la tercera carta siguiente:

«Dispéñeme, querido barón, soy aun yo. No he querido ni burlarme de usted ni lastimarle; quiero únicamente hacerle reflexionar acerca de lo siguiente: si seguimos juntos en nuestras relaciones de padre é hija, gozará usted un placer pequeño, pero duradero; si exige usted la ejecución del contrato, me llorará. No quiero molestarle más: el día que escoja usted el placer en lugar de la felicidad, será el último para mí.

»Su hija,

»ESTER.»

Al leer la primera carta, el barón se vió acometido de una de esas rabias frías que pueden matar á los millonarios, se miró en el espejo y llamó.

—¡Un baño de pies!... —gritó á su nuevo ayuda de cámara.

Mientras tomaba el baño de pies, llegó la segunda carta, la leyó, y cayó sin conocimiento. Llevaron al millonario á su cama. Cuando el financiero volvió en sí, la señora de Nucingen, sentada al pie de la cama, le dijo:

—¡Esa joven tiene razón! ¿por qué quiere usted comprar el amor?... ¿se vende eso en la plaza? Enséñeme su carta.

El barón le dió los diversos borradores que había hecho, y la señora de Nucingen los leyó sonriendo. La tercera carta llegó.

—¡Es una joven extraordinaria!—exclamó la baronesa después de haber leído aquella última carta.

—¡Qué hago, señora?—preguntó el barón á su mujer.

—Esperar.

—¡Espégag!—repuso—la *natugaleza* es despiadada...

—Mire, querido mío—dijo la baronesa,—ha acabado usted por ser excelente para mí, y quiero darle un buen consejo.

—Es usted una buena *mujeg*...—dijo el barón.—Contraiga deudas, que yo las pago.

—Lo que le ha sucedido al recibir las cartas de esa joven conmueve más á una mujer que los millones gastados, ó que todas las cartas, por hermosas que sean; procure que ella lo sepa indirectamente, y tal vez la logre usted... no tenga ningún escrúpulo, que ella no se morirá por esto—dijo mirando de pies á cabeza á su marido.

La señora de Nucingen desconocía completamente la *natugaleza prostituta*.

—¡Qué lista es la señora de Nucingen!— se dijo el barón cuando su mujer le dejó solo.

Pero cuanto más admiró el banquero la astucia del consejo que la baronesa acababa de darle, menos adivinaba la manera de servirse de él; y no sólo se encontraba estúpido, sino que se lo decía á sí mismo.

La estupidez del hombre de dinero, aunque convertida casi en proverbial, no es, sin embargo, más que relativa. Hay facultades de nuestro espíritu como aptitudes de nuestro cuerpo. El bailarín tiene la fuerza en los pies, el herrero en los brazos; el fuerte del mercado se ejercita llevando fardos, el cantante trabaja su laringe, y el pianista cimenta el puño. Un banquero se acostumbra á combinar los negocios, á estudiarlos, á hacer moverse los intereses, como un autor de comedias se adiestra en combinar las situaciones, estudiar los asuntos y mover los personajes. No se puede pedir al barón de Nucingen el espíritu de conversación, lo mismo que no se puede exigir las imágenes del poeta al entendimiento del matemático. ¿Cuántos poetas se encuentran por época, que sean prosistas ó ingeniosos en el comercio de la vida, al modo de la señora Cornuel? Buffon era pesado, Newton no amó nunca, lord Byron no se amó más que á sí mismo, Rousseau fué sombrío y casi loco, la Fontaine era distraído. Igualmente distribuída, la fuerza humana produce los estúpidos, ó la mediocridad por todas partes; desigual, engendra esos disparates á los cuales se les da el nombre de *genio*, y que, si fueran visibles, parecerían deformidades. La misma ley rige el cuerpo: una belleza perfecta va casi siempre acompañada de frialdad ó de estupidez. Que Pascal sea á la vez un gran geómetra y un gran escritor, que Beaumarchais sea un gran hombre de negocios, que Zomet sea un profundo cortesano; estas raras excepciones confirman el principio de la especialidad de las inteligencias. En la esfera de los cálculos especulativos, el banquero despliega, pues, tanta inteligencia, maña, astucia y cualidades, como un hábil diplomático en los intereses nacionales. Si un banquero fuese notable fuera de su despacho, sería un gran hombre. Nucingen, multiplicado por el príncipe de Ligne, por Mazarino ó por Diderot, es una fórmula humana casi imposible, y que, sin embargo, se ha llamado Pericles, Aristóteles, Voltaire y Napoleón. El rayo del sol imperial no debe perjudicar al hombre privado; el emperador tenía encanto, era instruído y

ocurrente. El señor de Nucingen, puramente banquero, sin ninguna inventiva fuera de sus cálculos, como la mayor parte de los banqueros, no creía más que en los valores ciertos. En materia de arte, tenía el buen sentido de recurrir con el oro en la mano á los expertos en toda materia, tomando el mejor arquitecto, el mejor cirujano, el más conocedor en cuadros y en estatuas, el procurador más hábil, cuando se trataba de construir una casa, de cuidar su salud, de una adquisición de curiosidades ó de un terreno. Pero como no existe experto jurado para las intrigas ni conocedor en pasiones, un banquero es guiado mal cuando ama, y se ve muy apurado en el manejo de su mujer. Nucingen no inventó, pues, nada mejor que lo que ya había hecho: dar dinero á un Frontín cualquiera, macho ó hembra, para obrar y pensar en su lugar. Sólo la señora Saint Esteve podía explotar el remedio encontrado por la baronesa. El barón sintió muy amargamente haber reñido con la odiosa revendedora de trajes. No obstante, confiando en el magnetismo de su caja y en los calmantes firmados *Garat*, llamó á su ayuda de cámara y le dijo que se informase, en la calle Neuve Saint-Marc, de aquella horrible viuda, y le rogara que fuese á verlo. En París, los extremos se tocan por las pasiones. El vicio solda perpetuamente el rico al pobre, el grande al pequeño. La emperatriz consulta á la señorita Lenormand. Finalmente, el gran señor encuentra siempre un Ramponneau de siglo en siglo.

El nuevo ayuda de cámara volvió dos horas después.

—Señor barón— le dijo,—la señora Saint-Esteve está arruinada.

—¡Ah! ¡mejor!— dijo el barón alegremente— ¡ya la tengo!

—Según parece, la buena mujer es un poco jugadora— repuso el criado.—Además, está dominada por un comiquillo de los teatros de las afueras, al cual, por decencia, hace pasar por su hijastro. Parece que es una cocinera excelente, y busca colocación.

—Esos diablos de genios *subaltegno*s tienen todos diez *manegas* de ganag dinero, y doce *manegas* de gastaglo—se dijo el barón sin sospechar que se las había con Panurgo.

Envío á su criado en busca de la señora Saint-Esteve, que no se presentó hasta el día siguiente. Interrogado por Asia, el nuevo ayuda de cámara explicó á aquel espía femenino

los terribles resultados de las cartas escritas por la querida del señor barón.

—El señor debe amar mucho á esa mujer —dijo el ayuda de cámara para terminar,— pues ha estado á punto de morir. Yo le aconsejaba que no volviese, y se vería en seguida acariciado. ¡Una mujer que ya le cuesta al barón quinientos mil francos, según dicen, sin contar lo que acaba de gastar en el palacio de la calle Saint-Georges!... Pero esa mujer quiere dinero, y nada más que dinero. Al salir de la habitación del señor, la señora baronesa decía riendo: «Si esto continúa, esa joven me dejará viuda».

—¡Diablo!—respondió Asia—es preciso no matar nunca la gallina de los huevos de oro.

—El señor barón no confía ya más que en usted—dijo el criado.

—¡Oh! es que yo sé manejar las mujeres.

—Vamos, entre usted—dijo el criado humillándose ante aquel poder oculto.

—Bueno—dijo la falsa Saint-Esteve entrando con aire humilde en la habitación del enfermo,—¿el señor barón sufre algunas contrariedades?... ¡Qué quiere usted! todo el mundo se ve atacado por su lado débil. Yo también he tenido desgracias. En dos meses la rueda de la fortuna ha rodado muy mal para mí. Ahora busco colocación... No hemos sido razonables ni uno ni otro. Si el señor barón quisiera colocarme en calidad de cocinera en casa de la señora Ester, tendría en mí la más abnegada de las servidoras, y le sería muy útil para vigilar á Eugenia y á la señora.

—No se trata de eso —dijo el barón.—No puedo conseguir *seg* el amo, y soy conducido como...

—Una peonza—repuso Asia.—Usted ha hecho andar á los demás, papá, la pequeña le tiene cogido y le zarandea... El cielo es justo.

—¿Justo?—repuso el barón.—No la he hecho *venig paga oig mogal*...

—¡Bah! hijo mío, un poco de moral no daña. Es la sal de la vida para nosotros, como el vicio para los devotos. Vamos á ver, ¿ha sido usted generoso? ¿Ha pagado usted sus deudas?...

—Sí—dijo lastimosamente el barón.

—Está bien. Ha desempeñado usted sus efectos, mejor aun; pero, convenga usted en ello, eso no es bastante; eso no

puede hacerla reír aun, y á esas criaturas les gusta brillar.

—Le *prepagó* una *sogpresa*, en la calle Saint-Georges... Ella lo sabe...—dijo el barón.—Pego no *quiego seg* un tonto.

—Pues bueno, déjela...

—Temo que ella me deje *magchag*—exclamó el barón.

—Y tenemos mucho cariño al dinero, hijo mío—respondió Asia.—Escuche; usted ha sacado varios millones al público, pequeño mío. Dicen que posee usted veinticinco.—El barón no pudo menos de sonreír.—Pues bien, es preciso soltar uno...

—Yo lo *soltagula*—respondió el barón,—pego tan pronto como lo haya soltado, me *pedigán* otro...

—Sí, comprendo—respondió Asia,—no quiere usted decir *B* por temor de llegar hasta la *Z*. Sin embargo, Ester es una muchacha honrada.

—¡Una joven muy *hongada*!—exclamó el banquero—ella puede *escusagse*, pego como se trata de una deuda...

—En fin, ella no quiere ser su querida, siente repugnancia. Y yo lo concibo, porque la niña ha obedecido siempre á sus caprichos. Cuando no se ha conocido más que jóvenes encantadores, se preocupa una poco de un anciano... Usted no es hermoso; es usted gordo como Luis XVIII, y algo estúpido, como todos los que acarician la fortuna en vez de ocuparse de las mujeres. Pues bien, si no mira usted seiscientos mil francos—dijo Asia,—yo me encargo de convertirla para usted en todo lo que usted quiera.

—¡Seiscientos mil francos!...—exclamó el barón dando un ligero salto.—*Esteg* me cuesta ya un millón...

—La felicidad bien vale seiscientos mil francos, gran corrompido. Usted conoce hombres que seguramente se han comido más de uno y de dos millones con sus queridas. Yo conozco mujeres que han costado hasta la vida, y por las que se ha escupido la cabeza en un cesto. ¿No ha oído usted hablar de ese médico que ha envenenado á su amigo?... quería su fortuna para hacer la felicidad de una mujer.

—Sí, ya lo sé, pego si estoy *enamogado*, no soy tonto, aquí al menos, pues cuando la veo, le *dagula* mi *cagtega*...

—Escuche usted, señor barón—dijo Asia tomando una actitud de Semíramis,—ha sido usted engañado. Tan cierto como me llamo Saint-Esteve, en el comercio, se entiende, le juro que tomo su partido.

—Bueno, te *indemnizagué*...

—Lo creo, pues le he demostrado que sé vengarme. Por otra parte, sépalo usted, papá—le dijo dirigiéndole una mirada horrible,—tengo en mi mano los medios de soplarle la señora Ester como se sopla una candela. ¡Y conozco á mi mujer! Cuando la picarueta le haya hecho feliz, le será más necesaria aun que lo es en este momento. Me ha pagado usted bien, se ha hecho tirar de la oreja, pero al fin ha negociado. Yo he cumplido mis compromisos, ¿verdad? Pues bien, mire, voy á proponerle un negocio.

—Veamos.

—Usted me coloca de cocinera en casa de la señora, me toma por diez años, tengo mil francos de soldada y me adelanta los últimos cinco años (¿qué es un ochavo para Dios?) Una vez en casa de la señora, sabré determinarla á las concesiones siguientes. Por ejemplo, le enviará un vestido delicioso de casa de la señora Augusta, que conoce los gustos y las hechuras de la señora, y da usted orden de que el nuevo equipo esté en la puerta á las cuatro de la tarde. Después de la Bolsa, sube usted á su casa, y se van á dar un paseito por el bosque de Bolonia. Pues bien, esa mujer dice de ese modo que es su querida, se comprometé á la vista de todo París... Cien mil francos... Comerá usted con ella (yo sé hacer comidas de esas); la lleva usted al teatro, á los Varietés, al proscenio, y todo París dice entonces: «Ahí está ese viejo filón de Nucingen con su querida...» Es halagüeño hacer creer eso. Todas esas ventajas, soy buena mujer, van comprendidas en los primeros cien mil francos... En ocho días, conduciéndose de ese modo, habrá adelantado usted mucho camino.

—Habré pagado cien mil francos.

—En la segunda semana—continuó Asia fingiendo no haber oído aquella lastimosa frase,—la señora se decidirá, empujada por estos preliminares, á dejar su habitación y á instalarse en el palacio que usted le ofrece. Su Ester ha vuelto á ver el mundo, ha encontrado á sus antiguos amigos, querrá brillar, hará los honores de su palacio... Esto está en el orden... ¡Cien mil francos más! ¡Diantre! está usted en su casa... Ester está comprometida, es de usted. Queda una bagatela que para usted es lo principal, ¡viejo elefante! (¡Qué ojos pone este gran monstruo!) Pues bueno, yo me encargo de ello. Cuatrocientos mil francos... ¡Ah! querido mío, esos no los soltarás hasta el día siguiente... ¿Es esto honra-

dez?... Yo tengo más confianza en ti que tú en mí. Si decido á la señora á mostrarse como querida, á comprometerse, á tomar todo lo que usted le ofrezca, y puede que sea hoy, me creará usted capaz de conducirla á que le abra el pasaje del gran San Bernardo. ¡Y esto es muy difícil!... Hay ahí, para hacer pasar su artillería, tanta distancia como para el primer cónsul en los Alpes.

—¿Y *pog* qué?

—Tiene el corazón lleno de amor, *razibus*, como dicen ustedes los que saben latín—repuso Asia.—Se cree una reina de Saba porque se ha lavado en los sacrificios que ha hecho á su amante... una idea que se mete en la cabeza de esas mujeres. ¡Ah! pequeño mío, es preciso ser justo, jeso es hermoso! Esa farsante moriría de pena si perteneciese á usted; no me asombraría; pero lo que me tranquiliza, se lo digo para animarle, es que hay en ella un buen fondo de joven.

—Tienes—le dijo el barón, que escuchaba á Asia con profundo silencio y admiración—el genio de la *cogupción* como yo tengo el *chic* de la Banca.

—¿Está dicho, pichón mío?—repuso Asia.

—¡Vaya, *pog* cincuenta mil francos en vez de cien mill... Y *daqué* ciento cincuenta mil al día siguiente de mi triunfo.

—Bueno, me voy á trabajar—respondió Asia.—Ya puede usted venir—repuso con respeto.—El SEÑOR encontrará á la SEÑORA suave como un guante, y tal vez dispuesta á agradarle.

—Anda, anda, *queguida* mía—dijo el banquero frotándose las manos.

Y después de haber sonreído á aquella horrible mulata, se dijo:

—¡Qué *gazón* tiene uno en *teneg* mucho *dinego*!

Y saltó fuera de la cama, fué á sus oficinas y volvió á coger el manejo de sus negocios, con el corazón alegre.

Nada podía ser más funesto á Ester que el partido tomado por Nucingen. La pobre libertina defendía su vida defendiéndose contra la infidelidad. Carlos llamaba *asmónismo* á aquella defensa tan natural. Ahora bien, Asia fué, no sin emplear las precauciones usadas en semejantes casos, á dar cuenta á Carlos de la conferencia que acababa de tener con el barón y todo el partido que había sacado de ella. La cólera de aquel hombre fué, como él, terrible; corrió al instante en coche, con las cortinillas echadas, á casa de

Ester, haciendo entrar el coche en el portal. Pálido aún cuando entró, aquel doble falsario se presentó ante la pobre joven; ella le miró de pie, y cayó sobre un sofá, con las piernas como rotas.

—¿Qué tiene usted, señor?—le preguntó estremeciéndose todos sus miembros.

—Déjenos usted, Europa—dijo Carlos á la camarera.

Ester miró á aquella muchacha como un niño hubiera mirado á su madre, de quien un asesino la separaba antes de matarla.

—¿Sabe usted dónde enviará á Luciano?—repuso cuando se encontraron solos.

—¿Dónde?—preguntó ella con voz débil atreviéndose á mirar á aquel hombre.

—Allí de donde yo vengo, alhaja mía.

Ester lo vió todo rojo al mirar á aquel hombre.

—A galeras—añadió en voz baja.

Ester cerró los ojos, sus piernas se estiraron, sus brazos colgaron, se tornó lívida. El hombre llamó, y Prudencia acudió.

—Hazle recobrar el conocimiento—dijo fríamente,—aun no he acabado.

Y mientras esperaba, se paseó por el salón. Prudencia-Europa se vió obligada á ir á rogar al señor que llevase á Ester á su cama; Carlos la tomó en sus brazos con una facilidad que probaba su fuerza atlética. Fué preciso ir á buscar lo que la farmacia tiene más violento, para hacer volver en sí á Ester. Una hora después, la pobre joven estaba en estado de escuchar aquella pesadilla viviente, sentado á los pies de su cama y la mirada fija y reluciente como dos chorros de plomo derretido.

—Corazón mío—repuso,—Luciano se encuentra entre una vida espléndida, honrada, digna, feliz, y el agujero lleno de agua de limo y guijarros donde iba á arrojarse cuando lo encontré. La casa de Grandlieu le exige una tierra de un millón antes de obtenerle el título de marqués y de tenderle esa gran percha llamada Clotilde. Gracias á nosotros dos, Luciano acaba de adquirir la casa solariega materna, el viejo castillo de Rubempré, que no ha costado gran cosa, treinta mil francos; pero su procurador, por medio de afortunadas negociaciones, ha acabado por reunir un millón de propiedad, sobre la cual se han pagado ya

trescientos mil francos. El castillo, los gastos, los premios de los que han servido de pantalla para disfrazar las operaciones á los ojos de la gente del país, han absorbido lo demás. Es verdad que tenemos cien mil francos en negocios, los cuales, dentro de dos ó tres meses, valdrán doscientos ó trescientos mil francos; pero siempre quedarán cuatrocientos mil francos que pagar... Dentro de tres días, Luciano vuelve de Angulema, adonde ha ido, pues no debe ser tachado de haber encontrado su fortuna cardando los colchones de usted...

—¡Oh! no—dijo ella levantando los ojos con un movimiento sublime.

—Ahora le pregunto, es este el momento de asustar al barón—dijo tranquilamente,—¡y ha estado usted á punto de matarle anteayer! Se desmayó como una mujer al leer su segunda carta. Ha empleado usted un estilo orgulloso, por lo que la felicito. Si el barón hubiera muerto, ¿qué sería de nosotros? Cuando Luciano salga de Santo Tomás de Aquino yerno del duque de Grandlieu, si quiere usted tirarse al Sena... mire, amor mío, le ofrezco mi mano para chapuzarnos juntos. Esa es una manera de acabar. Pero reflexione usted un poco. ¿No sería preferible vivir diciéndose á cada instante: «Esa brillante fortuna, esa familia feliz...» pues tendrá hijos... ¡hijos!... ¿ha pensado usted nunca en el placer de pasar sus manos por los cabellos de sus hijos?—Ester cerró los ojos y se estremeció dulcemente.—Pues bien, al ver el edificio de esa felicidad, uno se dice: «¡He ahí mi obra!»

Hubo una pausa, durante la cual aquellos dos seres se miraron.

—He ahí lo que he intentado hacer de una desesperación que se arrojaba al agua—repuso Carlos.—¿Soy un egoísta? Así es como se ama! Uno no se sacrifica así más que para los reyes, y yo he consagrado rey á Luciano. Aunque me soldaran para el resto de mis días á mi antigua cadena, me parece que permanecería tranquilo diciéndome: «*El* está en el baile, *el* está en la corte». Mi alma y mi pensamiento triunfarían, mientras mis harapos eran entregados á los sotacomitres. Usted es una hembra miserable, y ama usted como tal. Pero el amor en una cortesana debería ser, como en todas las criaturas degradadas, un medio para ser madre, á despecho de la naturaleza que les castiga con la

infecundidad. Si alguna vez encontrasen bajo la piel del abate Carlos al condenado que yo era antes, ¿sabe usted lo que haría para no comprometer á Luciano?—Ester esperó con una especie de ansiedad.—Pues bien, moriría como los negros, tragándome mi lengua. Y usted, con sus melindres, indica mi huella. ¿Qué le he pedido?... volver á tomar el vestido de la Torpedo por seis meses, por seis semanas, y servirse de él para coger un millón... ¡Luciano no la olvidará nunca! Los hombres no olvidan al ser que se une á su recuerdo por la felicidad que uno goza todas las mañanas al despertarse siempre rico. Luciano vale más que usted... Empezó por amar á Coralia, que se muere, bueno; pero no tenía con qué enterrarla; no hizo como usted hace un instante, no se desmayó, aunque era poeta; escribió seis canciones alegres, y le dieron por ellas trescientos francos, con los cuales pudo pagar el entierro de Coralia. He tenido en mi mano esas canciones, las sé de memoria. Pues bien, conponga usted sus canciones: sea alegre, loca, irresistible, insaciable. ¡Me ha comprendido usted? no me obligue á hablar más... Bese usted á papá. Adiós.

Quando Europa entró, media hora más tarde, en la habitación de su señora, la encontró ante un crucifijo, arrodillada en la actitud que el más religioso de los pintores ha dado á Moisés ante el matorral de Horeb, para pintar la profunda y completa adoración ante Jehová. Después de haber hecho sus últimas plegarias, Ester renunciaba á su hermosa vida, al honor que se había hecho, á su gloria, á sus virtudes, á su amor. Se levantó.

—¡Oh! señora, ¡nunca estará usted como ahora!—exclamó Prudencia Servien estupefacta ante la sublime belleza de su señora.

Y dió vuelta rápidamente al espejo para que la pobre joven pudiese verse. Sus ojos guardaban aún un reflejo de los esplendores del alma que volaba al cielo. La tez de la judía brillaba. Mojadas de lágrimas absorbidas por el fuego de la plegaria, sus cejas se parecían á un follaje después de una lluvia de verano: el sol del amor puro los brillantaba por última vez. Los labios decían supremas invocaciones á los ángeles, de quienes había recibido, sin duda, la palma del martirio confiándoles su vida sin mancha. Finalmente, tenía la majestad que debió brillar en María Estuardo en el momento en que dijo adiós á su corona, á la tierra y al amor.

—Hubiera querido que Luciano me viese así—dijo ella dejando escapar un suspiro ahogado.—Ahora—repuso con voz vibrante,—*mintamos*.

Al oír aquella palabra, Europa permaneció atontada, como hubiese quedado oyendo blasfemar á un angel.

—Bueno, ¿qué te importa si tengo en la boca clavos de especia en vez de dientes? Ahora yo no soy más que una *ladrona*, una infame é inmunda criatura, una doncella, y espero al señor. Así pues, haz que calienten un baño y dispón mi tocado. Son las doce, el barón vendrá, sin duda, después de la Bolsa, voy á decirle que lo espero, y quiero que Asia disponga una comida excelente, quiero volver loco á ese hombre... Vamos, anda, anda, hija mía... Vamos á reirnos, es decir, vamos á *trabajar*.

Se puso á la mesa y escribió la carta siguiente:

«Amigo mío: si la cocinera que ha enviado usted, no hubiese estado nunca á mi servicio, hubiera podido creer que su intención era hacerme saber las veces que se desmayó usted anteayer al recibir mis tres cartas. ¿Qué quiere usted? estaba muy nerviosa ese día, repasaba los recuerdos de mi deplorable existencia. Pero conozco la sinceridad de Asia, y no me arrepiento de haberle causado alguna pena, toda vez que ha servido para probarme lo querida que le soy. Las criaturas despreciadas somos así: un afecto verdadero nos conmueve más que vernos objeto de gastos locos. En cuanto á mí, siempre he temido ser como la percha donde cuelga usted sus vanidades. Me fastidiaba ser otra cosa para usted. Sí, á pesar de sus hermosas protestas, creía que me tomaba usted por una mujer comprada. Pues bien, ahora me encontrará usted buena muchacha, pero siempre con la condición de obedecerme un poco. Si esta carta puede substituir para usted á las recetas del médico, me lo probará viniendo á verme después de la Bolsa. Encontrará usted sobre las armas, y adornada con sus regalos, á la que se dice, por toda la vida, su máquina de placer,

»ESTER.»

El barón de Nucingen se mostró en la Bolsa tan alegre, tan contento, tan fácil en apariencia, y se permitió tantas bromas, que Tillet y los Keller, que se encontraban allí, no pudieron menos de preguntarle la razón de su hilaridad.

—Soy amado... Pronto *inauguremos* la casa—le dijo á Tillet.

—¿Cuánto le cuesta?—le preguntó bruscamente Francisco Keller, á quien la señora Colleville le costaba, según decían, veinticinco mil francos al año.

—Nunca me ha pedido un céntimo esa *mujeg*, que es un ángel.

—Eso no se hace nunca—le respondió Tillet.—Es para no tener que pedir nunca nada por lo que tienen tantas tías ó madres.

De la Bolsa á la calle Taitbout, el barón le dijo siete veces á su cochero:

—Va usted muy despacio, fustigue al caballo...

Subió ligeramente, y encontró por primera vez á su querida, hermosa como lo son todas esas muchachas cuya única ocupación es el cuidado de su tocado y de su belleza. Salida del baño, la flor estaba fresca y perfumada, hasta el punto de inspirar deseos á Roberto de Arbrissel. Ester se había hecho un tocado delicioso. Una levita de *reps* negra, adornada con pasamanería de seda rosa, se abría sobre una falda de satén gris; el vestido que se hizo más tarde la hermosa Amigó en *I Puritani*. Una pañoleta de punto de Inglaterra caía graciosamente sobre sus espaldas. Las mangas del vestido estaban punteadas de galones para dividir los afollados que, desde hacía algún tiempo, las mujeres elegantes habían sustituido por las mangas ahuecadas que se habían vuelto monstruosas. Ester había sujetado con un alfiler, en sus magníficos cabellos, un gorro de malinas, llamado *á la loca*, próximo á caer y que no caía, pero que le daba el aire de estar en desorden y mal peinada, aunque se veía perfectamente las rayas blancas de su cabecita entre los surcos de sus cabellos.

—¿No es un honor—dijo Europa al barón abriéndole la puerta del salón—ver á la señora tan hermosa en un salón pasado como éste?

—Pues bien, vengan á la calle Saint-Georges—dijo el barón deteniéndose como un perro ante una perdiz.—El tiempo es magnífico, *dañemos* un paseo por los Campos Eliseos, y la *señoga* Saint-Estève y Eugenia *llevadán* todos sus vestidos, su *gopa* y la comida á la calle Saint-Georges.

—Haré todo lo que usted quiera—dijo Ester—si quiere usted hacerme el favor de llamar á mi cocinera Asia y á

Eugenia Europa. He nombrado así á todas las mujeres que me han servido, desde las dos primeras que tuve. No me gustan los cambios.

—Asia... *Eugopa*...—repitió el barón echándose á reír.—¡Qué loca es usted!... ¡tiene unas *ocuguenias!*... Yo hubiese tenido que *comeg* mucho antes de *llamag* á una *cocinega* Asia.

—Es nuestro estado ser locas—dijo Ester.—¿Acaso una joven no puede hacerse alimentar por Asia y vestirse por Europa, cuando usted vive del mundo entero? ¿Es esto un mito? hay mujeres que se comerían toda la tierra, y yo me contento con la mitad. Eso es todo.

—¡Qué *mujeg* es la *señoga* Saint-Estève!—se dijo el barón admirando el súbito cambio de los modales de Ester.

—Europa, hija mía, necesito un sombrero—dijo Ester.—Debo tener una capota de satén negro forrada de rosa y guarnecida de encajes.

—La señora Thomas no la ha enviado... Vamos, barón, ¡pronto! ¡levante la pata! empiece su servicio de hombre apenado, es decir, de hombre feliz. ¡La felicidad es pesada!... Tiene usted abajo su coche, vaya á casa de la señora Thomas—dijo Europa al barón.—Hará usted pedir por su criado la capota de la señora Van-Bogseck. Y sobre todo—le dijo al oído,—tráigale el ramo más hermoso que haya en París. Estamos en invierno, procure encontrar flores de los trópicos.

El barón bajó y dijo á su criado:

—A casa de la *señoga* Thomas.

El criado condujo á su señor á casa de una famosa pastelera.

—Es una *vendedoga* de modas, viejo estúpido, y no de *guegalos*—dijo el barón, que corrió al Palais-Royal, á casa de la señora Prevot, donde hizo que le arreglasen un ramo de diez luises, mientras su criado iba á casa de la famosa vendedora de modas.

Paseándose por París, el observador superficial se pregunta quiénes son los locos que van á comprar las flores fabulosas que adornan la tienda de la ilustre florista y los primores del europeo Chevet, el único, con el Rocher de Cancalle, que ofrece una verdadera y deliciosa Revista de Ambos Mundos. Todos los días se encienden en París ciento una pasiones á lo Nucingen, que se prueban con ra-

rezas que las reinas no se atreven á proporcionarse, y que se ofrecen de rodillas á jóvenes que, según la expresión de Asia, *les gusta llamear*. Sin este pequeño detalle, una honrada burguesa no comprendería cómo se derrite una fortuna en las manos de esas criaturas; después de todo, su función social, en el sistema de Fourier, puede que sea reparar las desgracias de la avaricia y de la ambición; sus disipaciones son tal vez al cuerpo social lo que un lancetazo es para el cuerpo pletórico. Nucingen acababa de regar la industria con más de doscientos mil francos.

Cuando el viejo enamorado volvió, la noche se echaba encima, el ramo era inútil. En invierno, la hora de ir á los Campos Elíseos es de dos á cuatro. Pero el coche sirvió á Ester para ir de la calle Taitbout á la de Saint-Georges, donde tomó posesión del *palacio*. Digámoslo, nunca había sido Ester objeto de semejante culto ni de profusiones semejantes; quedó sorprendida, y se guardó bien, como todas esas realezas ingratas, de mostrar el menor asombro. Cuando uno entra en San Pedro de Roma, para hacerlos apreciar la extensión y la altura de la catedral de las catedrales, le enseñan el dedo índice de una estatua que tiene no sé qué longitud y que os parece un dedo natural. Ahora bien, han criticado tanto las descripciones, tan necesarias, no obstante, á la historia de nuestras costumbres, que es necesario imitar aquí al *cicerone* romano. Así pues, al entrar en el comedor, el barón no pudo menos de mostrar á Ester las telas de las cortinas de las ventanas, tapizadas con una abundancia real, forradas de muaré blanco y guarnecidas de pasamanería digna del corsé de una princesa real. Aquellas tapices eran una sedería de China donde la paciencia chinesca había sabido pintar los pájaros de Asia con una perfección cuyo modelo sólo existe en las vitelas de la edad media ó en el misal de Carlos V, orgullo de la biblioteca imperial de Viena.

—Ha costado cada vara doscientos mil francos á un milord que las trajo de las Indias...

—Muy bien. ¡Encantador! ¡Qué placer será beber aquí champaña!—dijo Ester.—Al menos, la espuma no caerá en los ladrillos.

—¡Oh! señora—dijo Europa,—pero mire la alfombra.

—¡Como habían dibujado la alfombra *paga* el duque *Doglonia*, mi amigo, que lo encuentra demasiado *cago*, lo he

comprado *paga* usted, que es una *gueinal*—dijo Nucingen mostrando la alfombra.

Por un efecto de la casualidad, aquella alfombra, debida á uno de nuestros más ingeniosos dibujantes, estaba adecuada á los caprichos de la tapicería chinesca. Las paredes habían sido pintadas por Díaz, y representaban deliciosas y voluptuosas escenas, que se destacaban de ébanos esculpidos, adquiridos á precio de oro en casa de Sommerard, y formando cuarterones donde sencillos hilos de oro atraían sobriamente la luz. Ahora podéis juzgar lo demás.

—Ha hecho usted bien en traerme aquí—dijo Ester;—necesitaré ocho días para acostumbrarme á mi casa y no parecer una advenediza.

—¡Mi casa!—repetía alegremente el barón.—¡Acepta usted, pues?

—Sí, mil veces sí, animal estúpido—dijo ella sonriendo.

—Animal bastaba...

—Estúpido es por la caricia—repuso ella sonriéndole.

El pobre cancerbero le tomó una mano á Ester y la llevó al corazón; era bastante animal para sentir, pero demasiado estúpido para encontrar una frase.

—¡Migue usted cómo late!... con una sola palabrita de *tegnuga*...—repuso.

Y condujo á su diosa al dormitorio.

—¡Oh! señora—dijo Eugenia,—no puedo estar ahí, me habla demasiado el corazón.

—Pues bien—dijo Ester,—quiero hacer feliz al mago que opera tales prodigios. Vamos, gran elefante mío, después de la comida iremos juntos al teatro. Tengo ganas de ir al teatro.

Hacia precisamente seis años que Ester no había ido á ningún teatro. Todo París acudía entonces á la Porte-Saint-Martin, para ver una de las piezas á las cuales el poder de los autores comunica una expresión de realidad terrible, *Ricardo de Arlington*. Como todas las naturalezas ingenuas, á Ester le gustaba tanto temblar como abandonarse á las lágrimas de la felicidad.

—Iremos á ver á Federico Lemaitre—dijo ella,—¡adoro á ese actor!

—Es un drama salvaje—dijo Nucingen, que se vió obligado en un momento á perder la vergüenza.

El barón envió á su criado á tomar uno de los palcos de